



GEORGE

ORWELL

PRÓLOGO DE MARGARET ATWOOD

DESTINO

1984

George
Orwell

Traducción de
Javier Calvo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1650

Título original: *Nineteen Eighty-Four*

Por el texto de *1984* George Orwell, 1949

© por la traducción del inglés de la novela y del prólogo, Javier Calvo, 2024

© por el prólogo, Margaret Atwood, 2003

© por el epílogo, Antonio Lozano, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-233-6505-0

Depósito legal: 978-84-233-6505-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



I

Era un día frío y luminoso de abril y los relojes estaban dando las trece. Winston Smith, con la barbilla pegada al pecho para protegerse del viento atroz, se metió rápidamente por las puertas de cristal de los Apartamentos Victoria, aunque no lo bastante deprisa para impedir que entrara con él una ráfaga de arenilla.

El pasillo olía a col hervida y a felpudos vetustos. En la pared del fondo había pegado un cartel de colores, demasiado grande para estar en un interior. No mostraba más que una cara enorme, de un metro y pico de ancho: la cara de un hombre de unos cuarenta y cinco años, con un tupido bigote negro y rasgos duros pero apuestos. Winston se dirigió a la escalera. No tenía sentido probar a coger el ascensor. Ni siquiera en las buenas épocas solía funcionar, y ahora mismo la electricidad estaba cortada durante el día. La cortaban por la campaña de ahorro para preparar la Semana del Odio. Su piso estaba en la séptima planta, y Winston, que tenía treinta y nueve años y una úlcera varicosa encima del tobillo derecho, subió despacio, haciendo varias pausas para descansar por el camino. En cada rellano, frente al hueco del ascensor, lo observaba desde la pared la cara enorme del cartel. Era una de aquellas imágenes diseñadas de tal manera que la mirada te seguía cuando te movías. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, decía al pie de la foto.

Dentro del piso, una voz engolada estaba leyendo una lista de cifras relativas a la producción de hierro fundido. La voz salía de una placa de metal alargada, parecida a un espejo empañado, e integrada en la superficie de la pared derecha. Winston giró un interruptor y la voz se apagó un poco, aunque todavía se distinguían las palabras. Se podía bajar el volumen del instrumento (telepantalla, se llamaba), pero no se podía apagar del todo. Fue hasta la ventana: una figura más bien pequeña y frágil, cuya delgadez se veía ligeramente enfatizada por el mono azul que era el uniforme del Partido. Tenía el pelo muy rubio y la cara de tintes rubicundos, con la piel áspera por culpa del jabón de mala calidad, las navajas de afeitarse poco afiladas y el frío del invierno que acababa de terminar.

Fuera, incluso a través de la ventana cerrada, el mundo se veía frío. En la calle, los pequeños remolinos del viento levantaban espirales de polvo y pedazos de papel, y aunque brillaba el sol y el cielo era de un azul desabrido, no había colores por ninguna parte, salvo en los carteles pegados en todos lados. La cara de bigote negro miraba desde todas las esquinas más transitadas. Había una en la fachada del edificio de delante. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, decía el cartel, mientras los ojos oscuros escrutaban el interior de los de Winston. Al nivel de la calle, otro cartel, con una esquina despegada, ondeaba a rachas bajo el viento, cubriendo y desvelando alternativamente la palabra SOCING. Un helicóptero descendió a lo lejos por entre los tejados, se quedó un instante suspendido como un moscardón y se volvió a alejar de golpe, trazando una curva en el aire. Era una patrulla de policía, escudriñando el interior de las ventanas. Pero las patrullas no importaban. Solo importaba la Policía del Pensamiento.

Detrás de Winston, la voz de la telepantalla seguía farfullando mensajes sobre el hierro fundido y el cumpli-

miento del Noveno Plan Trienal. La telepantalla recibía y transmitía de forma simultánea. También captaba cualquier sonido que hiciera Winston, por encima del nivel de un susurro muy bajo; además, siempre y cuando estuviera dentro del campo visual de la placa metálica, no solo se lo podía oír, sino también ver. Por supuesto, no había manera de saber si te estaban vigilando en un momento dado. La frecuencia o el sistema con que la Policía del Pensamiento conectaba con la transmisión de cada individuo solo podía ser objeto de conjeturas. Incluso era posible que vigilaran a todo el mundo todo el tiempo. En cualquier caso, podían conectar con tu transmisión cuando quisieran. Tenías que vivir —y vivías, según un hábito que se volvía instintivo— dando por sentado que oían cada sonido que hicieras, y, salvo cuando estabas a oscuras, que escrutaban cada uno de tus movimientos.

Winston siguió dando la espalda a la telepantalla. Era más seguro, aunque, como bien sabía, incluso una espalda podía revelar cosas. A un kilómetro de distancia, el Ministerio de la Verdad, su lugar de trabajo, se erigía enorme y blanco por encima del lúgubre paisaje. Aquello, pensó con un ligero disgusto, aquello era Londres, la ciudad principal de Pista Aérea Uno, que a su vez era la tercera provincia más poblada de Oceanía. Intentó extraer de su cabeza algún recuerdo de infancia que le revelara si Londres siempre había sido así. ¿Acaso siempre había habido aquellas vistas de casas decimonónicas ruinosas, con los costados reforzados con puntales de madera, parches de cartón en las ventanas y de uralita en los tejados, y aquellas caóticas cercas de jardín caídas en todas direcciones, y aquellos cráteres de bombas donde el polvo de yeso se arremolinaba en el aire y las adelfas crecían desordenadamente sobre los montones de escombros, y aquellos solares de mayor tamaño despejados por las bombas donde habían brotado sórdidas colonias de chabolas de madera con pinta de gallineros? Pero no le

servió de nada; no podía acordarse. De su infancia no quedaba nada más que una serie de escenas luminosas sin trasfondo y la mayoría ininteligibles.

El Ministerio de la Verdad —el Miniver, en neolengua—* era asombrosamente distinto de cualquier otro objeto visible. Una estructura piramidal enorme de cemento blanco resplandeciente que se elevaba, nivel tras nivel, hasta los trescientos metros de altura. Desde donde estaba Winston, se podían distinguir los tres eslóganes del Partido grabados en su fachada blanca con letras elegantes:

LA GUERRA ES LA PAZ
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Se decía que el Ministerio de la Verdad contenía tres mil estancias por encima del nivel del suelo y el mismo número por debajo. Dispersos por Londres había otros tres edificios de apariencia y envergadura parecidos. Resultaban tan enormes en comparación con la arquitectura circundante que desde la azotea de los Apartamentos Victoria se podían ver los cuatro a la vez. Albergaban los cuatro ministerios en los que se dividía el aparato gubernamental. El Ministerio de la Verdad, que se ocupaba de las noticias, el entretenimiento, la educación y las bellas artes. El Ministerio de la Paz, que se ocupaba de la guerra. El Ministerio del Amor, que mantenía el orden y la legalidad. Y el Ministerio de la Abundancia, responsable de los asuntos económicos. En neolengua, se llamaban Miniver, Minipax, Minimor y Miniabun.

El Ministerio del Amor era el que más miedo daba. No tenía ventanas. Winston nunca había estado dentro del Ministerio del Amor; ni siquiera se había acercado

* La neolengua era el idioma oficial de Oceanía. Ver la descripción de su estructura y etimología en el Apéndice.

jamás a menos de medio kilómetro de él. Era un lugar impenetrable salvo para asuntos oficiales, y aun entonces solo entrabas en un laberinto de marañas de alambre de púas, puertas de acero y nidos ocultos de ametralladoras. Incluso las calles que llevaban a sus barreras exteriores estaban patrulladas por guardias con uniformes negros y cara de gorilas, armados con porras articuladas.

Winston se dio la vuelta de golpe. Acababa de adoptar esa expresión de optimismo tranquilo que era aconsejable tener cuando te ponías de cara a la telepantalla. Cruzó la sala para entrar en la cocina diminuta. Al abandonar el ministerio a aquella hora del día había sacrificado el almuerzo en la cantina, y era consciente de que en la cocina no tenía más comida que un pedazo de pan oscuro que necesitaba reservar para el desayuno del día siguiente. Bajó del estante una botella de líquido incoloro cuya etiqueta blanca y sencilla decía GINEBRA VICTORIA. Tenía un olor dulzón y aceitoso, como de licor de arroz chino. Winston se sirvió un vaso casi lleno, se preparó para la fuerte impresión y se lo tragó como si fuera una dosis de medicina.

Al instante se le puso la cara de color rojo oscuro y le brotaron las lágrimas. Aquel mejunje era como ácido nítrico y, encima, cuando te lo tragabas te daba la sensación de que te estaban pegando en la nuca con una porra de goma. Al cabo de un momento, sin embargo, se le apagó la quemazón del vientre y el mundo empezó a parecer un lugar más alegre. Sacó un cigarrillo de un paquete arrugado con la inscripción CIGARRILLOS VICTORIA, pero tuvo el descuido de sostenerlo en vertical, de manera que se le cayó el tabaco al suelo. Tuvo más éxito con el siguiente. Volvió a la sala de estar y se sentó frente a una mesita situada a la izquierda de la telepantalla. Del cajón de la mesa sacó un portaplumas, un frasco de tinta y un grueso cuaderno en blanco tamaño cuartilla con la portada jaspeada y la contraportada roja.

Por alguna razón, la telepantalla de su sala de estar estaba en una posición inusual. En lugar de encontrarse, como era lo normal, en la pared del fondo, desde donde se podría dominar la sala entera, la habían instalado en la pared larga, frente a la ventana. A un lado de la pantalla había un nicho poco profundo que era donde Winston estaba sentado ahora, y que, al construirse los pisos, seguramente había estado destinado a albergar estanterías para libros. Si se sentaba en aquel nicho y se echaba hacia atrás, Winston quedaba fuera del alcance de la telepantalla, o por lo menos de su campo visual. Se lo podía oír, claro, pero, siempre y cuando se quedara donde estaba ahora, no se lo podía ver. Era en parte la geografía inusual de la sala lo que le había sugerido lo que estaba a punto de hacer ahora.

Pero también se lo había sugerido el cuaderno que acababa de sacar del cajón. Era bonito de una forma peculiar. Su papel liso y suave, un poco amarillento por el paso del tiempo, era de un tipo que por lo menos llevaba cuarenta años sin fabricarse. En realidad, Winston sospechaba que el cuaderno era mucho más antiguo. Lo había visto tirado en el escaparate de una destartada tienda de objetos usados de una zona degradada de la ciudad (no se acordaba de qué zona) y lo había invadido de inmediato un deseo abrumador de poseerlo. Los miembros del Partido no debían entrar en las tiendas ordinarias (se llamaba «tener tratos con el mercado libre»). Pero la norma no se seguía a rajatabla, porque había ciertas cosas, como por ejemplo los cordones de zapatos y las navajas de afeitarse, que no se podían conseguir de otra manera. Winston había echado un vistazo rápido a un lado y otro de la calle, y por fin había entrado y había comprado el cuaderno por dos dólares con cincuenta. Por entonces no había sido consciente de quererlo por ninguna razón en particular. Se lo había llevado a casa en su maletín sintiéndose culpa-

ble. Aunque no tuviera nada escrito, era una posesión peligrosa.

Lo que estaba a punto de hacer era empezar un diario. No era una actividad ilegal en sí misma (no había nada ilegal porque ya no existían las leyes), pero, si lo detectaban, estaba razonablemente seguro de que lo castigarían con la muerte o, por lo menos, con veinticinco años en un campo de trabajos forzados. Metió un plumín en el portaplumas y lo chupó para sacarle la grasa. La pluma era un instrumento arcaico que ya no se usaba casi nunca, ni siquiera para firmar, pero Winston había conseguido una, de forma furtiva y con dificultades, movido por la idea de que aquel papel bonito y suave se merecía que escribiera en él con una pluma de verdad en vez de garabatearlo con lápiz indeleble. Lo cierto era que no estaba acostumbrado a escribir a mano. Salvo las notas muy breves, lo habitual era dictárselo todo al hablaescribe, lo cual era, por supuesto, imposible de cara a su propósito actual. Mojó el plumín con la tinta y vaciló un segundo. Le acababa de entrar un temblor en las tripas. Dejar su marca en el papel era el acto decisivo. Con letras pequeñas y torpes, escribió:

4 de abril, 1984

Se reclinó en su silla. Acababa de descender sobre él una sensación de impotencia total. Para empezar, no tenía ninguna certidumbre de que el año fuera 1984. Debía de andar por ahí, porque estaba bastante seguro de que tenía treinta y nueve años, y creía haber nacido en 1944 o 1945; pero hoy en día era imposible identificar ninguna fecha con un margen de menos de un año o dos.

De pronto se le ocurrió preguntarse para quién estaba escribiendo exactamente aquel diario. Para el futuro, para los no nacidos. Su mente se detuvo un momento en la fecha dudosa de la página y después se topó de golpe

con la palabra en neolengua *doblepensar*. Por primera vez fue consciente de la magnitud de lo que acababa de poner en marcha. ¿Cómo se podía comunicar uno con el futuro? Era por naturaleza imposible. O bien el futuro se parecería al presente, en cuyo caso no escucharía a alguien como Winston; o bien sería distinto, y por tanto la situación de Winston carecería de relevancia.

Se quedó un buen rato mirando el papel como un tonto. La telepantalla había pasado a emitir una música militar estridente. Era curioso que Winston no solo pareciera haber perdido la capacidad de expresarse, sino que incluso había olvidado lo que había querido decir de inicio. Llevaba semanas preparándose para aquel momento y en ningún instante se le había pasado por la cabeza que hiciera falta algo más que valentía. La escritura en sí sería fácil: solo necesitaba trasladar al papel el monólogo incansable y sin fin que llevaba literalmente años pasándole por la cabeza. En aquel momento, sin embargo, incluso el monólogo se le había ido de la cabeza. Encima, le había empezado a picar de forma insoportable la úlcera varicosa. No se atrevía a rascársela, porque cuando lo hacía siempre se le inflamaba. Dejó que pasaran los segundos. No era consciente de nada más que de la blancura de la página que tenía delante, del picor de la piel de encima del tobillo, del estruendo de la música y de la ligera borrachera que le había causado la ginebra.

De pronto se puso a escribir movido por el pánico, no del todo consciente de lo que estaba plasmando. Su caligrafía pequeña pero infantil se extendió por la página, abandonando primero las mayúsculas y por fin también los puntos:

4 de abril, 1984. Anoche fui al cine. Todo pelis bélicas. Una muy buena de un barco de refugiados al que bombardeaban en alguna parte del Mediterráneo. El público se lo pasó en grande con los planos de un gordo enorme que

intentaba escaparse nadando perseguido por un helicóptero, primero lo veías patallar por el agua como si fuera una marsopa y después lo veías a través de las miras del helicóptero, después acribillaban al gordo y el agua se ponía de color rosa a su alrededor y de pronto se hundía como si le hubiera entrado agua en los agujeros, el público se reía a carcajadas cuando se hundía. luego veías un bote salvavidas lleno de niños con un helicóptero suspendido encima. había una mujer de mediana edad que quizá fuera judía sentada en la proa con un niño de unos tres años en brazos. el niño chillaba de terror y escondía la cabeza entre sus pechos como si estuviera intentando meterse dentro de ella y la mujer lo rodeaba con los brazos y lo reconfortaba aunque estaba azul de terror ella también, cubriéndolo lo más posible todo el tiempo como si pensara que sus brazos lo podían resguardar de las balas. luego el helicóptero les plantó en medio una bomba de veinte kilos con un destello tremendo y el barco quedó hecho astillas. hubo un plano maravilloso del brazo de un niño elevándose más y más por los aires lo debía de haber seguido un helicóptero con una cámara en el morro y vinieron muchos aplausos de las butacas del Partido pero de repente una mujer sentada en la sección de los proles se puso a armar jaleo y a gritar que no tendrían que enseñar aquello delante de los críos que no estaba bien delante de los críos hasta que vino la policía y la sacó y supongo que no le pasó nada a nadie le importa lo que digan los proles típica reacción prole nunca...

Winston dejó de escribir, en parte porque le estaba entrando un calambre. No sabía qué le había hecho vomitar aquella porquería. Pero lo curioso era que, mientras lo escribía, se le había clarificado en la mente un recuerdo completamente distinto, hasta el punto de que casi se sintió capaz de ponerlo por escrito. Se dio cuenta ahora de que era aquel otro incidente el que lo había

hecho decidirse de repente a volver a casa y empezar el diario hoy.

Había sucedido aquella mañana en el ministerio, si es que se podía calificar de suceso a algo tan nebuloso.

Eran casi las once cero cero, y en el Departamento de Archivos, que era donde trabajaba Winston, estaban sacando las sillas de los cubículos y llevándolas al centro de la sala, frente a la enorme telepantalla, a modo de preparación para los Dos Minutos de Odio. Winston estaba ocupando su asiento en una de las filas del medio cuando entraron de forma inesperada en la sala dos personas a las que conocía de vista, pero con quienes no había hablado nunca. Una era una chica con la que se había cruzado a menudo en los pasillos. No sabía cómo se llamaba, pero sí que trabajaba en el Departamento de Ficción. Presumiblemente —ya que a veces la había visto con las manos sucias de grasa y llevando una llave inglesa— desempeñaba algún trabajo mecánico en una de las máquinas de escribir novelas. Era una chica de aspecto atrevido, de unos veintisiete años, melena tupida, cara pecosa y movimientos rápidos y atléticos. Sobre la cintura del mono de trabajo llevaba enrollada con varias vueltas una faja estrecha de color escarlata, el emblema de la Liga Juvenil Antisexo, lo bastante prieta como para resaltarle las caderas bien torneadas. A Winston le había caído mal desde la primera vez que la había visto. Sabía por qué. Era por el aire a campos de hockey, baños fríos, excursiones comunitarias y limpieza mental generalizada que conseguía transmitir. Le caían mal casi todas las mujeres, sobre todo las jóvenes y guapas. Siempre eran las mujeres, y especialmente las jóvenes, las adeptas al Partido más intolerantes, las que se tragaban los eslóganes, las espías aficionadas y las fisgonas de la no ortodoxia. Pero aquella chica en concreto le daba la sensación de ser más peligrosa que la mayoría. Una vez, al cruzarse por el pasillo, la chica le había dedicado una mirada de reojo que

había parecido penetrar en él y lo había llenado de un terror negro. Incluso le había pasado por la cabeza la idea de que pudiera ser una agente de la Policía del Pensamiento. Ciertamente: era muy poco probable. Aun así, siguió sintiendo una incomodidad peculiar, que tenía un componente de miedo y también de hostilidad, cada vez que la tenía cerca.

La otra persona era un hombre llamado O'Brien, miembro del Partido Interno y provisto de un cargo tan importante y remoto que Winston solo podía hacerse una idea vaga de su naturaleza. Un silencio momentáneo recorrió al grupo de gente sentada en las sillas cuando vieron acercarse el mono negro de un miembro del Partido Interno. O'Brien era un hombre corpulento y fornido, de cuello grueso y cara tosca, jocosa y brutal. A pesar de su aspecto formidable, sus maneras poseían cierta galanura. Tenía el tic de recolocarse las gafas sobre la nariz, lo que resultaba curiosamente encantador de una forma indefinible, extrañamente civilizada. Era un gesto que, si alguien todavía pensara en esos términos, podría haber hecho pensar en un noble del siglo XVIII que te ofrecía su caja de rapé. Winston debía de haber visto a O'Brien quizá una docena de veces en el mismo número de años. Sentía una intensa curiosidad por él, y no solo porque le intrigara el contraste entre la urbanidad de sus modales y su físico de boxeador. En mucha mayor medida se debía a la convicción secreta —o quizá no fuera una convicción, sino solo una esperanza— de que la ortodoxia política de O'Brien no resultara perfecta. Había algo en su cara que lo sugería de forma irresistible. Aunque quizá no fuera falta de ortodoxia lo que llevaba escrito en la cara, sino simplemente inteligencia. En cualquier caso, tenía aspecto de ser alguien con quien podrías hablar si de alguna manera consiguieras evadir la telepantalla y quedarte con él a solas. Winston nunca había hecho el menor esfuerzo para verificar esta conjetura: lo cierto es que habría sido

imposible. En aquel momento, O'Brien se miró el reloj de pulsera, vio que eran casi las once cero cero y al parecer decidió quedarse en el Departamento de Archivos hasta que terminaran los Dos Minutos de Odio. Ocupó una silla en la misma fila que Winston, a un par de sitios de distancia. Entre ellos había sentada una mujer bajita de pelo pajizo que trabajaba en el cubículo contiguo al de Winston. La chica del pelo oscuro se sentó justo detrás.

Al cabo de un momento, la enorme telepantalla del fondo de la sala empezó a emitir el sonido de una voz horrible y chirriante, como salida de alguna máquina monstruosa que operaba sin aceite de engrasar. Era un ruido que hacía rechinar los dientes y erizaba el pelo de la nuca. Acababa de empezar el Odio.

Como de costumbre, apareció en la pantalla la cara de Emmanuel Goldstein, el Enemigo del Pueblo. Hubo gruñidos dispersos entre el público. La mujer bajita del pelo pajizo soltó un chillido donde se mezclaban el miedo y el asco. Goldstein era el renegado y apóstata que una vez, hacía mucho tiempo (nadie se acordaba de cuánto), había sido uno de los líderes del Partido, casi al mismo nivel que el Gran Hermano, pero después se había involucrado en actividades contrarrevolucionarias, lo habían condenado a muerte y había escapado y desaparecido misteriosamente. Los programas de los Dos Minutos de Odio variaban de un día para otro, pero no había ninguno en que la figura principal no fuera Goldstein. Era el traidor original, el primer profanador de la pureza del Partido. Todos los crímenes posteriores contra el Partido, todas las traiciones, actos de sabotaje, herejías y desviaciones procedían directamente de sus enseñanzas. En alguna parte seguía vivo y urdiendo sus conspiraciones: quizá bajo el mar, protegido por sus amos extranjeros; quizá incluso —o eso se rumoreaba de vez en cuando— en algún escondrijo de Oceanía misma.

A Winston se le contrajo el diafragma. Era incapaz

de ver la cara de Goldstein sin experimentar una dolorosa mezcla de emociones. Tenía una cara flaca de judío, con una aureola enorme y crespa de pelo cano y una perilla diminuta; una cara inteligente y, sin embargo, de alguna forma inherentemente odiosa. La nariz larga y delgada, en cuya punta llevaba encajadas unas gafas, le daba cierto aire de ridiculez senil. Era una cara de oveja, y también su voz tenía algo de balido de oveja. Goldstein estaba transmitiendo su habitual ataque ponzoñoso a las doctrinas del Partido: un ataque tan exagerado y perverso que hasta un niño podría ver su falsedad, y, aun así, lo bastante verosímil para infundirte la sensación alarmada de que otra gente, menos sensata que tú, podría creérselo. Estaba insultando al Gran Hermano, estaba denunciando la dictadura del Partido, estaba exigiendo la conclusión inmediata de la paz con Eurasia, estaba defendiendo la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de reunión y la libertad de pensamiento; estaba chillando histéricamente que la Revolución había sido traicionada; y todo esto con un discurso rápido y lleno de palabras complejas que constituía una especie de parodia del estilo habitual de los oradores del Partido, y que incluso contenía palabras en neolengua; más palabras en neolengua, de hecho, de las que usaría en la vida real ningún miembro del Partido. Y mientras hablaba, por si alguien tenía alguna duda de la realidad que camuflaban los disparates engañosos de Goldstein, por detrás de su cabeza desfilaban las columnas sin fin del ejército eurasiático: hileras y más hileras de hombres de aspecto recio y caras asiáticas inexpresivas, que emergían a la superficie de la pantalla y desaparecían para ser reemplazadas por otras caras idénticas. El retumbar sordo y rítmico de las botas de los soldados era el sonido de fondo del balido de Goldstein.

Antes de que el Odio llegara a los treinta segundos, de la mitad de los ocupantes de la sala ya estaban brotan-

do exclamaciones incontrolables de ira. La cara petulante de oveja de la pantalla y el poder aterrador del ejército eurasiático eran más de lo que nadie podía soportar; además, la visión o incluso la idea misma de Goldstein producía un miedo y una rabia automáticos. Era un objeto de odio más constante que Eurasia u Orientasia, ya que, cuando Oceanía estaba en guerra con una de aquellas potencias, por lo general estaba en paz con la otra. Pero lo más extraño era que, aunque todo el mundo odiaba y despreciaba a Goldstein, aunque un millar de veces al día sus teorías eran refutadas, aplastadas, ridiculizadas y expuestas a la mirada del público como las barbaridades patéticas que eran, tanto en las plataformas como en las telepantallas, los periódicos y los libros..., a pesar de todo esto, su influencia nunca parecía menguar. Siempre aparecían más tontos para dejarse seducir. No pasaba un día sin que la Policía del Pensamiento desenmascarara a algún espía o saboteador operando a sus órdenes. Era el comandante de un enorme ejército en la sombra, de una red subterránea de conspiradores entregados a derrocar el Estado. La Hermandad, se llamaba supuestamente. También circulaban rumores sobre un libro terrible, un compendio de todas las herejías, del que Goldstein era autor y que circulaba de forma clandestina aquí y allá. Era un libro sin título. La gente aludía a él, cuando aludía a él, simplemente como *El libro*. Pero de aquellas cosas solo te enterabas por rumores vagos. Ni la Hermandad ni *El libro* eran temas que ningún miembro ordinario del Partido mencionara si había forma de evitarlo.

Durante el segundo minuto, el Odio se volvió frenético. La gente brincaba en sus asientos y gritaba a pleno pulmón para sofocar el balido enloquecedor de la pantalla. La mujer bajita del pelo pajizo se había puesto de un rosa intenso y abría y cerraba la boca como si fuera un pez en tierra. Hasta O'Brien tenía la cara ruborizada. Estaba sentado en su silla con la espalda muy recta, el

pecho fornido hinchándosele y temblándole como si estuviera resistiendo la acometida de una ola. La chica del pelo moreno sentada detrás de Winston se había puesto a gritar: «¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!» y de pronto agarró un pesado diccionario de neolengua y lo arrojó contra la pantalla. El libro impactó en la nariz de Goldstein y rebotó; la voz continuó de forma inexorable. En un momento de lucidez, Winston descubrió que estaba gritando junto con los demás y pateando violentamente con los tacones contra el reposapiés de su silla. Lo más horrible de los Dos Minutos de Odio no era que se obligara a nadie a representar un papel, sino justamente lo contrario: que era imposible no sumarse. Al cabo de treinta segundos, cualquier fingimiento se hacía innecesario. Un éxtasis horrible de miedo y rencor, un deseo de matar, torturar y aplastar caras con un mazo parecía circular por el grupo entero de gente como si fuera una corriente eléctrica, convirtiéndose, aun en contra de tu voluntad, en un lunático que gritaba y hacía muecas. Sin embargo, la rabia que sentías era una emoción abstracta y sin dirección, capaz de cambiar de objetivo igual que la llama de un soplete. Así pues, en un momento dado, el odio de Winston ya no iba dirigido contra Goldstein, sino al contrario: contra el Gran Hermano, el Partido y la Policía del Pensamiento; y entonces su corazón estaba con el hereje solitario y vilipendiado de la pantalla, el único guardián de la verdad y la cordura en un mundo de mentiras. Al cabo de otro momento, sin embargo, se hermanaba con quienes lo rodeaban, y todo lo que estos decían de Goldstein le parecía verdad. En aquellos instantes, su odio secreto al Gran Hermano se convertía en adoración, y el Gran Hermano parecía erigirse formidablemente en protector indómito e invencible, plantado como una roca contra las hordas de Asia. Y Goldstein, a pesar de su aislamiento, de su impotencia y de las dudas que existían sobre su existencia misma, parecía un he-

chicero siniestro, capaz de destruir con el simple poder de su voz la estructura de la civilización.

Incluso era posible, en algunos momentos, desplazar el odio en un sentido u otro por medio de un acto de voluntad. De pronto, y mediante ese esfuerzo violento con que uno arranca la cabeza de la almohada durante una pesadilla, Winston consiguió trasladar su odio de la cara de la pantalla a la chica de cabello oscuro que tenía detrás. Por la cabeza le pasaron unas alucinaciones tan maravillosas como nítidas. La mataba a golpes con una porra de goma. La ataba desnuda a una estaca y la acribillaba a flechazos como si fuera san Sebastián. La violaba y la degollaba en el momento del clímax. Es más: de repente comprendió mucho mejor por qué la odiaba. La odiaba porque era joven y guapa y asexual, porque se quería acostar con ella y no lo conseguiría nunca, porque en torno a su dulce y grácil cintura, que parecía estar pidiéndote que se la rodearas con el brazo, solo había la odiosa faja escarlata, aquel símbolo agresivo de castidad.

El Odio se elevó hasta su clímax. La voz de Goldstein se había convertido en un balido de verdad, y por un instante su cara se transformó en la de una oveja. Luego la cara ovina se fusionó con la figura de un soldado eurasiático que parecía estar avanzando, enorme y terrible, con la metralleta bramando; por un momento dio la sensación de que la figura brotaba de la superficie de la pantalla, e incluso hubo gente en la primera fila que dio un respingo hacia atrás en sus asientos. En aquel mismo momento, arrancando un suspiro de alivio a todos los presentes, la figura hostil se fusionó con la cara del Gran Hermano, con su pelo y su bigote negros, llena de un poder y una serenidad misteriosa y tan enorme que casi llenaba la pantalla. Nadie oyó lo que decía el Gran Hermano. Eran simples palabras de aliento, como las que se pronuncian en pleno fragor de la batalla, indistintas individualmente pero capaces de restaurar la confianza por

el mero hecho de ser dichas. Por fin, la cara del Gran Hermano se desvaneció otra vez y en su lugar quedaron los tres eslóganes del Partido, inscritos en mayúsculas enormes:

LA GUERRA ES LA PAZ
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

La cara del Gran Hermano pareció persistir unos segundos más en la pantalla, como si el impacto que había causado en los ojos de los presentes fuera demasiado nítido para borrarse de inmediato. La mujer bajita del pelo pajizo se había echado hacia delante sobre el respaldo de la silla de enfrente. Con un murmullo trémulo que sonó parecido a «¡Mi salvador!» extendió los brazos hacia la pantalla. Luego se tapó la cara con las manos. Era evidente que estaba recitando una plegaria.

En aquel instante, el grupo entero empezó a entonar un cántico profundo, lento y rítmico —¡G-H!..., ¡G-H!—, una y otra vez, muy despacio, dejando una larga pausa entre la G y la H, un murmullo grave que, por alguna razón, resultaba curiosamente salvaje, al fondo del cual parecían resonar pisadas de pies desnudos y un tañido de tambores. El cántico debió de durar medio minuto. Era un estribillo que se oía a menudo en los momentos de emoción a flor de piel. En parte era una especie de himno a la sabiduría y majestad del Gran Hermano, pero todavía en mayor medida constituía un acto de autohipnosis, un ahogamiento deliberado de la consciencia por medio de ruidos rítmicos. Winston sintió que se le enfriaban las entrañas. Durante los Dos Minutos de Odio no había podido evitar participar del delirio general, pero aquel cántico subhumano de «¡G-H!..., ¡G-H!» siempre lo llenaba de horror. Por supuesto, cantó junto con los demás: era imposible no hacerlo. Encu-

brir tus sentimientos, controlar tu rostro, hacer lo mismo que todo el mundo era una reacción instintiva. Pero hubo un espacio de dos segundos durante los cuales era posible que lo hubiera traicionado la expresión de sus ojos. Y fue exactamente entonces cuando tuvo lugar el suceso significativo; si es que tuvo lugar, claro.

Su mirada se encontró fugazmente con la de O'Brien. O'Brien se había puesto de pie. Se había quitado las gafas y estaba en pleno acto de recolocárselas sobre la nariz con su gesto característico. Pero hubo una fracción de segundo en la que sus miradas se encontraron, y, durante ese lapso, Winston supo —¡sí, lo supo!— que O'Brien estaba pensando lo mismo que él. Entre ambos se había transmitido un mensaje inconfundible. Era como si sus mentes se hubieran abierto y los pensamientos hubieran fluido de la una a la otra a través de los ojos. «Estoy contigo —parecía haberle dicho O'Brien—. Sé con exactitud lo que sientes. Conozco tu desprecio, tu odio, tu asco. Pero no te preocupes, ¡estoy de tu lado!» Y entonces aquel destello de información desapareció y la cara de O'Brien se volvió igual de inescrutable que la de todo el mundo.

Eso fue todo y, aun mientras sucedía, Winston ya tuvo dudas al respecto. Aquellos incidentes nunca tenían secuelas. Su único efecto era mantener con vida en él la fe, o la esperanza, en que había otros individuos además de él mismo que eran enemigos del Partido. Quizá fueran ciertos los rumores de enormes conspiraciones subterráneas, a fin de cuentas; ¡quizá la Hermandad realmente existiera! Era imposible, a pesar de las interminables detenciones, confesiones y ejecuciones que se practicaban, saber a ciencia cierta si la Hermandad era algo más que un simple mito. Había días en que Winston creía en ella y había días en que no. No existían pruebas, solo vislumbres fugaces que podían significar cualquier cosa o nada: fragmentos de conversaciones oídos a hurtadillas, gara-

batos medio borrados en las paredes de los lavabos. Una vez, al encontrarse dos desconocidos, Winston había captado un pequeño movimiento de la mano que le había dado la impresión de ser una señal de reconocimiento. Todo eran conjeturas: lo más probable era que se lo hubiera imaginado todo. Había regresado a su cubículo sin volver a mirar a O'Brien. Apenas le había pasado por la cabeza la idea de repetir su contacto momentáneo. Por mucho que hubiera sabido cómo hacerlo, habría sido inconcebiblemente peligroso. Durante un segundo o dos habían intercambiado una mirada equívoca y ahí se había acabado todo. Pero incluso aquello era ya un acontecimiento memorable, en aquella soledad enclaustrada en la que uno tenía que vivir.

Winston volvió a la realidad y se enderezó en su asiento. Soltó un eructo. Le estaba subiendo la ginebra del estómago.

Volvió a centrar la mirada en la página. Descubrió que, mientras estaba allí sentado cavilando, también se había dedicado a escribir casi de forma automática. Y ya no era la misma caligrafía diminuta y torpe de antes. La pluma se le había deslizado voluptuosamente por el papel liso, inscribiendo en mayúsculas grandes y pulcras:

ABAJO EL GRAN HERMANO
ABAJO EL GRAN HERMANO
ABAJO EL GRAN HERMANO
ABAJO EL GRAN HERMANO
ABAJO EL GRAN HERMANO

Una y otra vez, llenando media página.

No pudo refrenar una oleada de pánico. Era absurdo: la escritura de aquellas palabras concretas no suponía un peligro mayor que el acto inicial de empezar el diario, pero por un momento sintió la tentación de arrancar las páginas corrompidas y abandonar del todo la empresa.

Pero no lo hizo, porque sabía que era inútil. Daba igual que escribiera ABAJO EL GRAN HERMANO o que no lo escribiera, el resultado era el mismo. Daba igual que siguiera con su diario o no, el resultado era el mismo. La Policía del Pensamiento lo acabaría atrapando de todas maneras. Había cometido —y lo habría cometido igualmente por mucho que nunca hubiera llevado la pluma al papel— el crimen esencial, el que contenía a todos los demás. *Criminal*, lo llamaban. El criminal no era algo que se pudiera esconder de forma indefinida. Podías escabullirte con éxito un tiempo, incluso años, pero tarde o temprano te atraparían.

Siempre pasaba de noche; las detenciones siempre se practicaban de noche. El despertarse de golpe, la mano brusca que te zarandeaba el hombro, las luces que te deslumbraban, el círculo de caras severas en torno a la cama. En la enorme mayoría de los casos no se celebraba juicio, no se informaba de la detención. La gente desaparecía sin más, siempre de noche. Quitaban tu nombre de los registros, borraban cualquier constancia de todo lo que habías hecho, tu existencia única era primero negada y después olvidada. Eras abolido, aniquilado: *vaporizado* era el término habitual.

Lo acometió un ataque momentáneo de histeria. Se puso a escribir con garabatos apresurados y desmañados:

me van a matar no me importa me van a pegar un tiro en la nuca no me importa abajo el gran hermano siempre te pegan un tiro en la nuca no me importa abajo el gran hermano...

Se reclinó en su silla, algo avergonzado de sí mismo, y dejó la pluma. Al cabo de un momento tuvo un violento sobresalto. Alguien llamaba a la puerta.

¡Qué rápido! Se quedó sentado quieto como una momia, con la esperanza fútil de que quien estaba llamando

se marchara después de un único intento. Pero no: los golpes se repitieron. Lo peor que podía hacer era postergar el desenlace. El corazón le retumbaba como un tambor, pero su cara, por una pura cuestión de hábito, seguramente carecía de expresión. Se levantó y caminó pesadamente hacia la puerta.